

Jaurès en Argentina - La Argentina de Jaurès

Carlos Miguel Herrera



PROGRAMA
INTERUNIVERSITARIO
de
HISTORIA POLÍTICA

Carlos Miguel Herrera es Profesor en la Université de Cergy-Pontoise, Francia.
e-mail: Carlos.Herrera@u-cergy.fr

Algunas de las ideas aquí desarrolladas fueron presentadas en el III Encuentro *La Problemática del viaje y los viajeros* (Mesa 3: «La alteridad y el discurso del viaje»), Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, Argentina, agosto de 2008. El autor agradece a Mónica Padró por su ayuda material, y dedica el texto a la memoria de su madre, Graciela Sara Avila.

Resumen

La gira de conferencistas por América del Sur se convirtió en un periplo clásico a principios del siglo XX. En espectáculos que poco tenían que envidiar a los actores de teatro, hombres de Estado, universitarios, escritores se transformaron en misioneros de las viejas culturas europeas (francesa y española en particular, pero también italiana), y, al mismo tiempo, se convertían en testigos del incipiente desarrollo de esos nuevos pueblos, en el primer centenario de existencia.

Este trabajo explora el viaje que realizara el dirigente socialista francés Jean Jaurès a la Argentina, en 1911. Una visita que presenta dos rasgos particulares: su compromiso con la realidad política argentina, tanto a nivel partidario, como a nivel cultural.

Summary

The tour of lecturers through South America became a classical voyage at the beginning of the XX century. In the spectacles as actors, statesmen, professors, writers transformed themselves into missionaries of the old European cultures (French, Spanish, but also Italian), and, at the same time, became witnesses of the incipient development of those news countries, in the first centenary of existence.

This work explores the travel that the French socialist leader Jean Jaurès realised to Buenos Aires in 1911. A visit that presents particular characteristics: its commitment with the Argentine political reality, as much in partisan level, as at cultural level.

Jean Jaurès desembarca en la Dársena Sur del puerto de Buenos Aires una mañana fría de septiembre de 1911, en un periplo transatlántico que ya lo ha llevado a Brasil y Uruguay para dar, en ambos países, una serie de conferencias. Su viaje, iniciado en un contexto europeo particularmente crítico que anuncia ya la próxima confrontación mundial, es objeto de duras críticas por parte de la prensa francesa que cubre de manera inusual el evento –evento también inusual en la biografía de Jaurès, que no mostraba especial vocación viajera, y menos aún para una travesía larga, a lugares tan lejanos.

A decir verdad, las razones del viaje de Jaurès siguen siendo hoy bastante ambiguas, y los pocos trabajos consagrados a él no han aportado mucha luz¹. Por un lado, Jaurès afirmará que fueron los militantes socialistas argentinos, y en particular un delegado argentino al Congreso de la Internacional Socialista de 1910 realizado en Copenhague –que no es otro que el jefe del Socialismo argentino, Juan B. Justo–, quienes lo habían invitado a ir a Argentina desde hacía mucho tiempo. Por el otro, se sabe que Jaurès fue contratado por un empresario privado, para dar seis conferencias en el teatro Odeón de Buenos Aires y pagado como tal (al menos 20.000 francos)². En esta ambigüedad entre compromiso profesional e interés político, que no comporta en sí contradicción alguna, se desarrollará la estadía argentina de Jaurès. La propia personalidad del diputado socialista, su legendaria bonhomía, detectada inmediatamente por sus interlocutores argentinos³, ayudará sin duda

¹ En verdad, sólo podemos señalar las breves actas de un coloquio sobre «Jaurès, l'Amérique Latine et la latinité», publicadas en *Jean Jaurès. Cahiers trimestriels*, N° 139, 1996, tan insuficientes como útiles. No he podido consultar, en cambio, la tesis doctoral –hasta lo que sé, inédita– de Patricio Geli, *Mirarse en la periferia. Imágenes de América Latina en la prensa socialista europea en tiempos de la II Internacional* (Universidad de Leiden, 2003), donde tal vez se encuentren otros elementos.

² Ante la acusación de haber recibido 150.000 francos por sus conferencias, Jaurès señala en un artículo que fue cinco o seis veces menos. En todo caso, este componente económico está también presente en la estadía brasileña con la que comienza a principios de agosto su tournée, donde sus conferencias son también remuneradas. V. C. Batalha, «Jaurès au Brésil», *Jean Jaurès. Cahiers trimestriels*, cit. En Brasil, donde Jaurès se queda algo menos de un mes, sólo parece haber dictado las conferencias previstas en su contrato, contrariamente a lo que ocurrirá en Argentina. Pero al momento de partir de la Argentina, Jaurès dona 1000 francos con destino al fomento de *La Vanguardia*, según lo informa el propio periódico socialista.

³ El periodista de *La Argentina* que lo visita en el Grand Hotel la tarde misma de su llegada escribe: «durante el tiempo que conversamos con él, volvimos a persuadirnos de una cosa: de las sugestivas condiciones personales que lo caracterizan. Su voz tiene tan cariñosas inflexiones que desde la primera palabra encanta, atrae decididamente. Habla de las cosas más serias y profundas con una sencillez que no haría, por cierto, sospechar en él al profesor. Después, su aire de bonhomía acaba de alejar de su espíritu del

a ello, pero influyen también la curiosidad hacia las personalidades europeas –en particular, francesas– de la que hace gala la burguesía argentina, y que supera su rechazo por las ideas socialistas del visitante⁴. Lo que hará que el ex presidente Julio Argentino Roca se encuentre entre su público en un palco bajo del Odeón e incluso participe en algunos de los banquetes en homenaje al tribuno⁵. Tampoco deja de estar en contacto con las clases dominantes, que lo reciben con no menos curiosidad, incluso en la tradicional Sociedad Rural. En su defensa ante los ataques de los que es objeto por su viaje –se dice, incluso, que el gobierno argentino, represor de obreros, se ha hecho cargo de parte de su estadía–, Jaurès declara haber consultado oficialmente al Partido Socialista argentino antes de aceptar el contrato, en enero de 1911, para saber si, dada las circunstancias, su presencia podía ser útil⁶. «Y así como fui para allá con el acuerdo de los socialistas argentinos, fue de acuerdo con ellos que actué allí⁷. Y en pos de su defensa *L'Humanité* no duda en publicar la traducción de un artículo que habría aparecido en *La Vanguardia* luego de la primera conferencia de Jaurès, donde se subraya su compromiso socialista⁸.

que lo escucha cualquier clase de recelos». Véase también el recuerdo de Joaquín de Vedia, encargado de cubrir sus conferencias para *La Nación*, en *Como los vi yo*, Buenos Aires, Gleizer, 1922.

⁴ Para las clases dominantes Jaurès es «un francés», «un intelectual» antes que un socialista.

⁵ Algo que los autores del volumen citado, pese a publicar el detalle de una foto donde Jaurès posa sonriente con el general Roca en un sillón de la Embajada del Brasil, parecen ignorar por completo: en un artículo sobre dicha foto, se dice de la imagen que el tribuno socialista toma el café en compañía de algunos diplomáticos ... La foto original, publicada en *Caras y Caretas*, muestra además a otro de los visitantes franceses de entonces, V. Margueritte, y también a M. Láinez, Luis Mitre, N. Quirno Costa, F. Uriburu entre otros.

⁶ Por ese entonces, el 10 de enero se había levantado el estado de sitio, declarado el 14 de mayo de 1910, por tiempo indeterminado, y que había favorecido un clima de terror, con el asalto de los locales obreros y de la prensa de socialistas y anarquistas, la fuerte represión policial luego de la explosión de una bomba en el Teatro Colón, y el endurecimiento de la legislación represiva con la aprobación de la ley 7029, de «Defensa social». En realidad, desde la sangrienta represión de la Plaza Lorea, el 1º de mayo de 1909, que cobró 8 vidas, la situación de excepción fue permanente, agravada por el asesinato del jefe de la policía, el coronel Falcón, por un militante anarquista ruso, atentado en el que murió también su secretario.

⁷ J. Jaurès, «A propos d'un voyage», en: *L'Humanité*, 13/11/1911. El texto ocupa con gran título las columnas centrales de la primera página.

⁸ El texto traducido en *L'Humanité* no coincide con el original publicado en *La Vanguardia* el 17/09. En todo caso, ante el reclamo de los socialistas franceses, el secretario general del PS argentino envía un telegrama que según *La Vanguardia* dice: «Primera conferencia de Jaurès gran éxito. Su estadía ya tan útil al partido por difusión ideas socialistas debe prolongarse hasta octubre». Aunque las conferencias son en francés y las entradas para escucharlo son pagas, *La Vanguardia* sostiene que los obreros siguen el contenido gracias a la traducción in extenso que propone el periódico luego de cada soirée, y que se editan rápidamente en folletos separados «a precios populares» (5 centavos).

Si los socialistas franceses del ala izquierda, en particular los guesdistas, se cuentan entre los críticos más virulentos del viaje de Jaurès, los socialistas argentinos se muestran entusiastas y serán ellos quienes aseguren la publicación y la difusión de los textos de las conferencias, incluidas aquellas remuneradas, en un volumen de edición popular⁹. Ni siquiera le reprocharán demasiado ese «público *snob*», ese «auditorio mundano» que lo ha seguido con atención en sus conferencias en el Odeón, ya que, como dice Justo al despedirlo: «les habéis inspirado, aunque sea por un instante, sentimientos más altos que los que tienen todos los días y es posible que en algunas cabezas, hasta ahora reacias a toda verdad social, haya penetrado un poco de luz»¹⁰. Y aunque le pide públicamente que no se haga muchas ilusiones sobre los efectos de sus discursos en las clases gobernantes —declara temer, incluso que el PS tenga que pagar los costos por la libertad con la que pudo expresarse¹¹—, el líder socialista argentino no duda en calificar de «momento histórico», «data memorable», la visita de Jaurès y saludar en su persona al «campeón» del socialismo francés, cuya estancia en Argentina «ha de ser para el movimiento socialista y obrero en este país un nuevo impulso».

La Vanguardia y las otras publicaciones cercanas al socialismo, en especial la siempre francófila *Humanidad Nueva* que dirige del Valle Iberlucea, publican discursos y textos de «Juan Jaurès» ya en las semanas previas a su llegada, cincelandos una imagen prometeica, no sólo como tribuno o como político «táctico prevenido y avisado», sino también de periodista, historiador, filósofo y sociólogo¹². Y puesto que «el hombre está al nivel de la obra», tampoco faltan los perfiles más íntimos, como el que traza Manuel Ugarte, quien lo ha tratado en Francia, y donde su-

⁹ J. Jaurès, *Conferencias. pronunciadas en Buenos Aires por el diputado socialista francés*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1911, edición por la que cito.

¹⁰ Por ejemplo, después de exclamar en su cuarta conferencia que «la transformación de la organización va operándose paulatinamente y ella se realiza por el empuje de una fuerza nueva que comporta un mundo que se descubre. Es el proletariado, que se levanta desde el fondo de seculares injusticias sociales y que, emergiendo de un «océano de miserias», comienza a surgir a la luz de una nueva aurora y va en rumbo hacia una equitativa distribución de los recursos de producción y de consumo», la crónica de *La Prensa* anota «la ovación con que fue saludado» el párrafo.

¹¹ «Yo me pregunto si la libertad de palabra de que habéis disfrutado en Buenos Aires no será al precio del cierre de algunos nuevos locales obreros o de algún otro atropello policial», le dice Justo a Jaurès en su discurso de despedida del 5 de octubre.

¹² J. Bertrand, «Jean Jaurès», *Humanidad Nueva*, t. IV, Buenos Aires, agosto 1911, pp. 327 y 321.

braya su elocuencia con palabras que hacen pensar en el encuentro amoroso¹³. Quizás resulte más íntimo el retrato de Fernando de Andreis que forma parte de la delegación que va a su encuentro en Montevideo, y que se detiene en la boca de Jaurès, que «como las manos de las actrices, necesita un párrafo aparte»¹⁴.

Para los socialistas argentinos, el viaje de Jaurès aparece como una ocasión de olvidar definitivamente las críticas que les dirigiera su camarada italiano Enrico Ferri tres años antes sobre la razón de ser, para él inexistente, del socialismo en un país de estructura agraria. Y por cierto, no han de tener sorpresas con Jaurès: tres dirigentes socialistas –Del Valle, Moreau y Andreis– van incluso a buscarlo a Montevideo y embarcan con él en un vapor de la carrera, el «Eolo», de la compañía Mihanovich que lo lleva a Buenos Aires en la mañana del 12 de septiembre, donde lo recibe un grupo de personas, convocadas especialmente por el Comité Ejecutivo del Partido Socialista. Y así lo reproducen las crónicas periodísticas. Al día siguiente recibe ya la visita de delegados socialistas del interior del país y durante su estadía permanece rodeado de los principales dirigentes del PS, con quien visita museos, conventillos, barrios, amén de los locales de *La Vanguardia*, la Biblioteca Obrera y la Sociedad Luz. Participa incluso en algunas de las actividades públicas del partido, circunstancias en que no duda en tomar la palabra. De hecho, la última muestra de su talento oratorio es reservada a sus camaradas argentinos, en el homenaje que estos le ofrecen en los salones de «Unione e Benevolenza», en la noche del 5 de octubre, ya en vísperas de su regreso. En esa ocasión, un banquete que reúne más de 600 personas según la crónica (no menos de 800 según *La Vanguardia*), y luego de los discursos de Justo, Palacios, Cúneo, Repetto, de Tomaso y del Valle Iberlucea, Jaurès saluda de manera entusiasta el trabajo del socialismo argentino¹⁵. Y según la crónica de

¹³ «El público sigue al orador con ansiedad y lo acompaña jadeante en su carrera portentosa, con el deseo vehemente de gritar ¡Basta! El ejercicio es tan maravilloso, que el auditorio experimenta algo así como un remordimiento de que se haga en su honor tanto derroche de inteligencia. Se siente mordido por una angustia indefinible, como ante un espectáculo sobrenatural, y sufre un goce mezclado de dolor, porque cree asistir a la tortura de un cerebro que se exprime y da todo su jugo. Ignora que el orador saldrá de la sala para entrar en otro meeting y pronunciar otro discurso». M. Ugarte, «La silueta de Jaurès», en: *Humanidad Nueva*, t. IV, agosto 1911, p. 340.

¹⁴ F. de Andreis, «Hablando con Jaurès», en: *Humanidad Nueva*, t. IV, septiembre 1911, p. 382.

¹⁵ Incluso señala con clarividencia, amén de los nombres de Justo y Palacios, el talento de hombres como Enrique del Valle Iberlucea, que lo había acompañado ya en su periplo uruguayo, y Antonio de Tomaso, su traductor y transcriptor. No cita en cambio a Nicolás Repetto a quien, según algún testimonio, habría conocido en París algunos años antes, y que lo acompañará en algunas visitas durante su estadía argentina.

La Vanguardia, en el momento en que se alejaba su barco de las costas argentinas, el viernes 6, Jaurès gritaba desde el puente del «Amazon», en español, ¡Viva los camaradas argentinos!, mientras estos le respondían desde el muelle: ¡Viva la Francia! y ¡Viva Jaurès!¹⁶.

Pero el esfuerzo teórico-oratorio de Jaurès a lo largo de su visita y de sus conferencias va más allá de justificar la existencia de un Partido Socialista en Argentina. En efecto, el tribuno francés se adentra en un análisis de la cultura argentina y a lo largo de sus conferencias no sólo rinde un homenaje a las grandes figuras del pasado argentino, comenzando por Mariano Moreno, sino que cita también con autoridad a referentes de campos tan disímiles como los «científicos» Florentino Ameghino y Juan Bautista Ambrosetti, «escritores» como Mármol y Olegario Andrade, e incluso «intelectuales» contemporáneos como Ernesto Quesada o Ricardo Rojas. Más aún, no duda en dedicar dos de sus intervenciones a sendas figuras del quehacer argentino: un discurso improvisado sobre Ameghino, que acababa de morir unas semanas antes, durante el funeral cívico que le organizan los periodistas acreditados en La Plata, y, sobre todo, una conferencia íntegramente dedicada a examinar el pensamiento de Juan Bautista Alberdi. No por casualidad la mente aguda de Justo retiene este rasgo de originalidad de la visita de Jaurès: «Su interés por estos pueblos en embrión —escribe en el prólogo a las *Conferencias*—, se manifiesta en la afición con que ha estudiado a nuestros escritores, y en la intrepidez con que aborda cuestiones de la más palpitante oportunidad local»¹⁷.

Esta preocupación por las figuras locales en una persona que, como Jaurès lo admite en una de sus conferencias, no habla el idioma español, debería dar cuenta

¹⁶ *La Vanguardia*, 08/10/1911. En el balance que Jaurès hace de su visita para el periódico de la comunidad francesa en Argentina, a la par de quejarse de las excesivas invitaciones a las que tuvo que responder —«tengo horror de la etiqueta» y «de todo lo que no es natural, simple, sin afectación», recuerda, y señala que la próxima vez se negará a contraer tantas obligaciones mundanas «para conservar toda mi libertad de conducta y de acción»—, declara desear que los socialistas «se organicen más fuerte aún y que triunfen en sus reivindicaciones». Según un diario argentino, la comunidad francesa del Uruguay había boicoteado la visita de Jaurès, lo que no ocurrirá por cierto en Argentina. Pero si se toma como referencia la crónica de *Caras y Caretas*, en esos días los homenajes no parecen haber sido tan numerosos.

¹⁷ Anatole France, en cambio, llega contratado para hablar, siempre en el Teatro Odeón, sobre «Rabelais, sa vie, son temps et ses œuvres». Por cierto, al final del viaje, France se sacrifica al ritual de dedicar una última conferencia a su visión de la Argentina, para la cual se inspira, según otro testigo, del libro de Huret. Ver P. Calmettes, *La Grande passion d'Anatole France*, París, Seheur, 1929, pp. 99 y ss, y J. J. Brousseau, *Anatole France en Argentina (Itinerario de París a Buenos Aires)* (1927), Buenos Aires, Excelsior, 1928, pp. 202-203. En verdad, ambos libros, publicados de manera contemporánea por dos acompañantes de France, están en explícita polémica.

de antemano de la originalidad de su punto de vista¹⁸. Pero quizás, a fin de precisar mejor su interés, convenga comparar el discurso jauresiano con el producido, de manera contemporánea, por otros viajeros europeos en torno al Centenario.

LOS VIAJEROS-CONFERENCISTAS: ENTRE UNIVERSITARIOS Y POLÍTICOS

Los festejos del Centenario eran proclives a las visitas de figuras europeas de un género particular: los viajeros-conferencistas. Sin embargo, se pueden distinguir dos tipos diferentes dentro de esta categoría. Tenemos, por un lado, aquellos intelectuales que viajan en función de un interés cultural, universitario ante todo. Pero encontramos también personalidades del ámbito político o cultural, que llegan contratados por empresarios privados para llevar a cabo esa forma de espectáculo que es por entonces la conferencia pública. En esos años encontramos en particular a un conjunto de personalidades francesas, empezando por Anatole France, que visita la Argentina en mayo de 1909, seguido sucesivamente por Georges Clemenceau, al año siguiente, y finalmente por Jaurès, en 1911.

Los medios de transporte existentes por entonces para recorrer la distancia entre los continentes obligaban a realizar estadías de varias semanas, proclives a desarrollar los vínculos con el país visitado en más de una dirección. Habría otros aspectos a resaltar, como que muchos de ellos, según se rumorea, se ven tentados a invertir dinero en las fértiles tierras argentinas¹⁹. Pero lo que nos interesa examinar aquí es, ante todo, el tipo de relato que esos viajeros intelectuales producen de su experiencia.

En general, la traza escrita forma parte del viaje. Suele comenzar bajo la modalidad de una contribución, regular o esporádica, en algunos de los grandes diarios u otra publicación periódica, páginas que toman luego la forma de libro. Hay profesionales de este tipo de literatura, como Jules Huret, que produce libros sobre todos sus viajes, a Estados Unidos y Canadá, a Alemania y Polonia, y, por supuesto, a Argentina. El relato de Huret sirve para conocer algunos de los circuitos establecidos que siguen estos viajeros del Centenario, como las visitas a determinados lugares (hospitales, hospicios, prisiones, las pintorescas calles de La Boca, el paseo

¹⁸ Posiblemente, como lo declara a propósito de su capacidad para leer el portugués, Jaurès describa el español gracias a sus conocimientos del latín y del occitano.

¹⁹ Así se ha señalado, sin que tengamos los medios de confirmarlo, por G. Clemenceau o E. Ferri. Claro que no será éste el caso de Jaurès, que habría utilizado el dinero ganado en Argentina para financiar *L'Humanité*, en plena crisis financiera. Se trata sin embargo de hipótesis, que no han podido ser probadas. En todo caso, *La Vanguardia* informa que Jaurès ha donado 1000 francos para su fomento.

del Tigre, la infaltable estancia), o el encuentro con determinadas personalidades, desde el intendente Manuel Güiraldes, que gusta acompañar a los viajeros por las calles de la ciudad, hasta el director del zoológico porteño Clemente Onelli, sin olvidar a Paul Groussac o Carlos Thays que tienen la facilidad del idioma para comunicarse con sus compatriotas franceses²⁰.

En el mismo momento que Jaurès está en Argentina, se desarrolla el viaje de uno de los principales juristas franceses de la época, sin duda el profesor de derecho público más a la izquierda de la academia francesa, Léon Duguit, que llega a Buenos Aires en agosto de 1911 y permanece hasta septiembre²¹. Se trata del típico viaje de un universitario europeo, interesado ante todo en la promoción de sus ideas. Aunque esta empresa no debe entenderse como excluyente del ámbito universitario, el centro del viaje lo constituyen las seis conferencias que dictará en la Facultad de Derecho de Buenos Aires sobre las transformaciones del derecho privado desde el Código Napoleón. Y, como cabe en un profesor de su calibre, no publica sus «impresiones de viaje» sino el texto de sus conferencias en su idioma original. En ellas, había afirmado claramente el sentido de las mismas: «Yo hago ciencia y exclusivamente ciencia fundada en la observación imparcial de los hechos». Esto no le impide calificar su concepción del sistema jurídico de «socialista», aunque previene rápidamente a su auditorio que la palabra no tiene para él significación política, sino el sentido de oponerse a la concepción individualista del derecho subjetivo del individuo, que el jurista de Burdeos considera, además, metafísica. En realidad, para él, la regla del derecho tiene su fundamento real en la interdependencia social. Y no tardará en proponer a sus auditores una teoría de la propiedad como función social, que excluye los rasgos de inviolabilidad, y que insiste sobre los deberes que implican para el propietario.

Aunque es también un universitario –cercano, de hecho a las ideas de Duguit, del que ha sido su traductor en España–, el viaje de Adolfo Posada tiene ya ribetes más amplios. Por lo pronto, permanece más de medio año en el país –entre junio

²⁰ J. Huret, *En Argentine*, t. I, *De Buenos-Aires au Gran Chaco*, Paris, Charpentier, 1911. El relato trasunta cierto hastío desde la primera frase: «Nous voici partis pour la République Argentine». Pero el volumen, como el que le sigue, contiene más de 500 páginas donde no faltan datos mensurables, aunque priman las impresiones subjetivas. Hombre de izquierda, Huret tendrá relaciones con Jaurès. V. M. Rebérioux, «Les tournées culturelles françaises en Amérique Latine au début du siècle: de Ferri à Jaurès», *Jean Jaurès. Cahiers trimestriels*, cit.

²¹ Incluso durante la estada de Jaurès otros universitarios franceses, menos conocidos en nuestros días, como Margueritte o Martinenche, disertan en la Facultad de Letras.

y diciembre de 1910— y no sólo dicta sus conferencias sino que también imparte cursos, amén de visitar el país y tratar a las principales personalidades del ámbito político y cultural. Y aunque Posada publica un amplio testimonio de sus vivencias en el Plata, su libro se ubica en un género híbrido, que lo distingue de los relatos de viaje: no falta la anécdota o la observación pintoresca, pero abundan también las estadísticas exhaustivas, las largas citas de obras científicas y otras modalidades analíticas propias del estilo universitario.

La visita de Posada incluye también otro elemento, que podríamos llamar político-cultural, y que pasa, en su caso, por asumir en su persona una moderada cruzada propagandística a favor de los intereses españoles en Argentina, por un lado, y, por el otro una campaña, más activa en pos de una política social reformista, que lo lleva a estar en contacto estrecho con el incipiente Departamento Nacional de Trabajo. En ese sentido, de manera nítida, Posada ofrece una visión del país, de sus posibilidades, de su futuro, que se dirige a las clases dominantes. Aunque, hombre de izquierdas al fin, Posada se muestra muy favorable al Partido Socialista —cuya acción juzga como «una avanzada de una política futura»— sin duda impresionado por la personalidad de sus principales líderes, de los que ofrece interesantes retratos. Para él, el socialismo argentino representa «un intento de política de ideas, de intereses reales, colectivos, de la masa, del pueblo, frente a una política dominada por fuertes tradiciones de personalismo». Y no sólo eso, su mirada sociológica no deja de calibrar la importancia de los trabajadores de puertos y ferrocarriles, que constituyen un movimiento obrero pese a la debilidad del desarrollo industrial.

Dentro de los viajeros de este segundo tipo, nos interesa particularmente la visita de G. Clemenceau, que comparte incluso con Jaurès el carácter de gran actor de la escena política francesa. Clemenceau llega al país en julio 1910, también contratado para dictar una serie de conferencias sobre la democracia en Buenos Aires, pero su estadía se prolongará en otros lugares del país. Aunque sus conferencias no serán publicadas más que parcialmente —y en la transcripción de su acompañante²²—, Clemenceau deja un relato de su viaje, que tras ser publicado en un periódico francés, *L'Illustration*, es luego reunido en un libro que aparece el mismo año del viaje de Jaurès²³.

²² *Sur la démocratie. Neuf conférences de Clemenceau rapportées par Maurice Ségard*, Paris, Larousse, 1911. Para dos de esas conferencias, Ségard pudo contar con las notas manuscritas que Clemenceau había preparado para hablar.

²³ G. Clemenceau, *Notes de voyage dans l'Amérique du Sud. Argentine-Brésil-Uruguay*, Paris, Hachette, 1911.

Se trata de un relato ante todo anecdótico, mundano, «al azar de las impresiones». Y, sobre todo, los aspectos políticos del viaje de Clemenceau se confunden con el poder y lo ubican del lado de las clases dominantes: no duda en hacer el elogio de Manuel Quintana, pero no olvida al por entonces presidente Figueroa Alcorta, que lo ha recibido en la Casa Rosada, y asiste incluso a alguna de sus conferencias, y especialmente del presidente electo Roque Sáenz Peña. Ni siquiera deja de homenajear a la policía federal, al visitar su sede, sin olvidar sus contactos con un gran número de diputados y senadores, con los directores de los grandes diarios, etc. No deja constancia, en cambio, de encuentros con líderes de la oposición, citando únicamente a Lisandro de la Torre, poco connotado por entonces en la escena política –algún visitante lo recuerda como el presidente de la Sociedad Rural de Rosario–, pero que parece gustar de la compañía de los visitantes extranjeros. Esta cercanía del poder se verifica en su defensa de los intereses franceses en la Argentina, como lo atestiguan sus gestiones para obtener una ley de propiedad intelectual que proteja las obras de sus compatriotas.

Por cierto, sus intervenciones presentan también algunos puntos comunes con el discurso jauresiano. Empezando por la defensa del «genio latino», un tópico recurrente que parece dirigido, en todos los casos, a contener la influencia cultural del mundo anglosajón que se respira en esos lares. Pero Clemenceau comparte incluso con Jaurès la denuncia de los peligros de una guerra en Europa que se anuncia ya por su carrera armamentista, y la importancia que podría caber a los países de América Latina para evitarla. Incluso, no duda en recordar la doctrina argentina que estipula que «la victoria no da derechos», y la acción en esos años de la diplomacia argentina, en particular la delegación que visita Francia en 1906, encabezada por R. Sáenz Peña e integrada también por otros expertos como Calvo o Drago.

Quizás el elemento que permite ligar a ambos discursos sea la importancia que le otorgan al fortalecimiento de la democracia, en particular, a través de la organización de partidos políticos. Y no sólo entendidos como meras maquinarias electorales, sino, como dice Clemenceau, «partidos de ideas». Para el antiguo Presidente del Consejo «los hombres no son nada si no pertenecen a un partido», y en Argentina faltan partidos políticos. La debilidad tal vez se deba al hecho de que la República del Plata tuvo «el privilegio de ignorar la evolución que, a través de miles de vicisitudes, han llevado a los pueblos de la autocracia a la democracia». No es la única crítica que Clemenceau dirige a su auditorio, en el decurso de sus conferencias reprocha a los argentinos la falta de prioridad que se le da a la educación del pueblo, la inferioridad en que se encuentra la mujer con respecto

al hombre, e incluso, el poco cuidado que se pone en la explotación intensiva de los recursos naturales.

No sólo eso, el violento represor de las huelgas francesas de 1907 no duda en subrayar que la democracia está «íntimamente ligada» a la cuestión social, cuya existencia era objeto de negación en esa Argentina del Centenario. «El día que cada ciudadano, actuando con libertad plena, exprese sus opiniones con la consciencia absoluta de su deber, se podrán corregir las desigualdades». Sólo la democracia es capaz de construir una ciudadanía, en la que todos sus miembros se reconcilien en un «esfuerzo común de solidaridad». Pero en materia de justicia social, la última palabra no está dicha nunca. Y ese ideal solidarista sobre el que se está construyendo la Tercera República francesa tiene un rival de peso en el Partido Socialista y en el movimiento obrero organizado. Vivimos en un mundo de confrontación entre el movimiento obrero y el capital, le explica Clemenceau a su elegante auditorio. Y el reconocimiento de este hecho lo lleva a atacar la interpretación que hace del mismo el socialismo, en particular en su versión marxista. El reproche es claro y terminante: demuele la sociedad actual, pero no propone otra alternativa que un cambio revolucionario, que vendría de una catástrofe.

En cambio, para Clemenceau, la sociedad actual «contiene ya los elementos de justicia necesarios para hacer surgir una justicia mayor», un punto de vista que completa con una proposición general de sutiles tintes conservadores: «desde el punto de vista político, no formular la esperanza es una fuerza»²⁴. En todo caso, sostiene que el movimiento obrero tendría mayor fuerza «si trabajara dentro del orden», y condena en particular esa «huelga general», que recorría como un fantasma –o mejor, un mito– la vieja Francia y la joven Argentina. Clemenceau parece dar razón a las clases dominantes argentinas, cuando afirma en su relato de viaje que «en un país donde el ofrecimiento de trabajo es constante, no me parece que una agitación, que es más una cuestión de doctrina que de descontento social, pueda desarrollarse». Al modelo socialista, en todo caso, Clemenceau le opone el Estado que cumple con sus «deberes», en referencia a la legislación social que se venía desarrollando por entonces. Leyes como las que regulaban el trabajo de las mujeres y los niños o la que acababa de aprobar el parlamento francés algunos meses antes

²⁴ Sin citar su nombre, Clemenceau recuerda una anécdota en la que pide a un dirigente socialista (en realidad, Jaurès), precisiones sobre el modelo de sociedad futura, lo que su interlocutor habría evitado hacer. Jaurès le responderá en una de sus conferencias porteñas, sin citar tampoco por su nombre a ese «hombre de estado de espíritu agudo», reenviando a su libro *L'armée nouvelle*, que acababa de publicarse en Francia.

sobre un régimen de jubilaciones para los obreros y campesinos, son «obras de justicia», pero que no deben, sin embargo, atentar contra la libertad individual.

Jaurès no sólo había apoyado esa obra legislativa en el parlamento francés (incluso, en oposición a sus propios camaradas), sino que compartía también la idea, como lo afirma en una de sus conferencias de Buenos Aires, que la democracia moderna necesitaba, en el caos de los intereses, la organización de partidos políticos. Pero, a diferencia de Clemenceau, juzgaba que la legislación social se llevaba a cabo bajo el influjo del socialismo. Además, Jaurès sostiene que había sido la acción de la clase obrera la que había llevado a la organización de fuerzas políticas en torno a programas y doctrinas, y no de hombres o vanidades. Y sobre todo, Jaurès piensa, como veremos, que ese partido de ideas ya existía en nuestro país.

Sin embargo, la interpretación sobre su entidad en el sistema político argentino podía dar lugar a disputa, incluso entre socialistas. De hecho, Jaurès no era el primer socialista europeo que viaja a nuestras costas. Un antecedente preciso está en la cabeza de todos y nos resulta esencial a nosotros para comprender mejor la significación del viaje de Jaurès; la visita que había realizado, tres años antes, Enrico Ferri, y que ha podido crear una suerte de trauma en los socialistas argentinos, o al menos un síndrome de la mirada europea sobre su acción. Algo que aparece incluso en el relato de un no socialista como Posada.

Ferri es sin duda una figura relativamente original también en lo que hace a su estatuto de viajero, que puede colocarse en un lugar intermedio entre el interés universitario y el contrato de conferencista. De algún modo, Ferri acepta jugar en los dos tableros. Por un lado es un «científico» reconocido en el campo de la criminalística, e incluso se reivindica como «sociólogo». Las universidades de Buenos Aires y La Plata le ofrecen sus auditorios para disertar *ex cathedra*. Pero por el otro, es uno de los principales dirigentes políticos del socialismo italiano, miembro del parlamento que acaba de renunciar a la dirección de su periódico, y esta adscripción ideológica le cierra las puertas del ateneo cordobés.

De hecho, cuando apenas desembarca en el puerto de Buenos Aires, Ferri previene a los socialistas argentinos deseosos de escucharlo, que viene a ganarse la vida en calidad de conferencista. Pero el mismo Ferri se encarga de mezclar las cartas, cuando termina dando una conferencia sobre el socialismo en la que reivindica su calidad de sociólogo, que sólo dictamina después de haber recogido sus observaciones —«positivas y serenas»— durante los tres meses que dura su estadía. Es la célebre charla del 26 de octubre de 1908, en el teatro Victoria, que, se olvida

a veces, es dictada por el abogado italiano a beneficio de *La Vanguardia*²⁵. Y Ferri no desdena recordar sus sentimientos de «simpatía», e incluso de «admiración» tanto por el coraje y la honradez de los militantes socialistas argentinos, como por la función que cumplen como agrupación, «porque constituyen el único partido que tenga [sic] un programa de cosas y de ideas y no de personas».

Pero desde la óptica científica que reivindica, tanto para la sociología como para el socialismo, la visión es otra. El principio general, que Ferri enunciaba como sociólogo, establece que un partido político deber ser «producto natural del país en donde se forma», y, en particular, de las condiciones económico-sociales del país en cuestión. En el caso de un partido socialista, que representa una evolución del mero partido obrero, las condiciones son aquellas producidas por el maquinismo industrial. La Argentina, a sus ojos, se encontraba en una fase agropecuaria; por ende, su partido socialista aparecía como un producto «importado» de Europa. El desarrollo agropecuario argentino permitía únicamente la existencia de un partido «radical» —en el sentido europeo de la palabra, expresado especialmente bien en la fuerza que actuaba bajo ese nombre en la Tercera República francesa y a la que pertenecía Clemenceau, al que, de hecho, Ferri pone como ejemplo— en lo estrictamente político, y a lo sumo un partido «obrero» en su programa económico. Y esa era la función específica que cumplía el PS en Argentina, ante la falta de un partido radical —Ferri no se priva de criticar el programa, meramente negativo según él, de la UCR.

Nada más lejos de la comprensión que tenían los socialistas argentinos de sí mismos y de la estructura del país. En la réplica pública e inmediata que le dirige desde un palco bajo del teatro, Justo reafirmaba la asimetría entre una sociedad moderna, «íntimamente vinculada al mercado universal», como era la Argentina, y la ausencia de partidos políticos que expresaran esa modernidad. La respuesta de Justo a estos planteos contiene dos elementos importantes: por un lado, apoyándose en su lectura de Marx y en la teoría de la «colonización capitalista sistemática», separa el maquinismo de la existencia de un proletariado, que no es mero producto de aquél. Por el otro, que quizás nos interese más aquí, el PS es «el único partido que existe» en Argentina, y, justamente, «la parte más viva del marxismo [...] es la práctica de la lucha de clases»²⁶.

²⁵ Para una primera presentación, demasiado incompleta en verdad, de la visita de Ferri, ver P. Crovetto, «Enrico Ferri in Argentina», in AA.VV., *L'Italia nella società argentina*, Roma, Centro Studi Emigrazione, 1988, pp. 63-70.

²⁶ Ver E. Ferri, «El Partido Socialista Argentino» y J. B. Justo, «El profesor Ferri y el Partido Socialista Argentino», ambos en: *La realización del socialismo (Obras de Juan B. Justo, t. VI)*, Buenos Aires, La Vanguardia,

La posición de Ferri no hubiera sido tan comentada si no venía a dar su caución socialista a otra tesis más amplia, que negaba directamente, en la tradición alberdiana, la existencia de toda cuestión social en la Argentina, que no era más, como se leía desde las columnas de *La Nación*, que «un elemento nuevo y exótico en las preocupaciones públicas». Como lo resumía unos años más tarde Lucas Ayarragaray, «es sencillamente por simplismo imitativo que se quiere plantear en la Argentina una pretendida cuestión social; en general, no hay en el ambiente embrionario, social y económico, dentro del cual nos agitamos, otra cosa que simples cuestiones relacionadas con la higiene social, con un aumento de bienestar, que legítimamente persigue el obrero, juntamente con las otras clases que bregan todas afanosamente por los mismos propósitos de superiorización moral y material». «La diáfana simplicidad de nuestro problema social» no sólo desconoce la lucha de clases, sino también la desocupación forzosa y el pauperismo. A riesgo de contradecirse, sin embargo, Ayarragaray piensa que el factor económico que alimenta el descontento obrero no se resume a un problema legal, y por consiguiente, no lo resuelve el intervencionismo del Estado. En realidad, el sustento de su posición abandona todo viso sociológico: el problema, en el fondo, es de algún modo irresoluble, ya que la desigualdad «está en la naturaleza de las cosas». Esta oposición entre la obra civilizadora de la legislación social y socialismo desde las clases dirigentes terminaba confluyendo con la posición de Ferri, casi plagiándola cuando escribe que el socialismo «es en definitiva un partido liberal avanzado, no un partido «social» en el concepto «europeo»²⁷. Ni rastros de Jaurès, en cambio.

Cuando, por el contrario, Justo concluía su réplica a Ferri afirmando que «el socialismo es la acción», encerraba en una fórmula simple el carácter complejo de la estrategia que buscaba desplegar el socialismo argentino, y que hacía de la legislación social—del «nuevo derecho» que la primera representación socialista en el Parlamento había inaugurado— un arma más en la lucha por la transformación de la sociedad. Se encuentra ya deslindado el terreno donde se despliega el total entendimiento con Jaurès durante su estadía.

1947. Se trata, en realidad de una reconstrucción de los textos originales de la conferencia y su réplica, realizadas a posteriori por sus autores, y que el PS publica luego en un folleto, en 1909.

²⁷ Cf. L. Ayarragaray, *Socialismo argentino y legislación obrera*, Buenos Aires, Librería Nacional, 1912, p. 58. Claro que a veces se expresa en términos bastante más crudos: «El partido socialista, o mejor dicho, la multitud socialista, compuesta en buena parte por la plebe cosmopolita, por los residuos flotantes que arrojan a nuestras playas las agitaciones del viejo continente, es extraño a la historia política del país y no ha podido obtener aún carta de ciudadanía e imponer en consecuencia, premiosamente sus exigencias».

UN SOCIALISTA EN BUENOS AIRES

Aunque estaba muy lejos de la visión de Ferri sobre el socialismo argentino, también el viaje de Jaurès termina ubicándose en una zona intermedia: el punto de partida del viaje es el contrato para dictar conferencias pagas, pero el contacto con los socialistas argentinos es, como vimos, inmediato, y uno de sus primeras entrevistas en el hotel que lo aloja es con los dirigentes partidarios –más tarde visitará los locales partidarios, empezando por el de la calle Méjico, atacado un año antes–. Más aún, la dimensión política del viajero es completada por su envergadura intelectual, que se mantuvo intacta aun después de haber abandonado su carrera universitaria: *La Nación* no duda en calificarlo de «una de las altas personalidades intelectuales de la Francia contemporánea», otorgándole un título de catedrático que nunca tuvo y *La Prensa*, si bien no olvida el político que es, destaca al «pensador», y «su alta posición en el mundo intelectual». Pero, a diferencia de su colega parlamentario Clemenceau, Jaurès publica sólo sus intervenciones públicas, y no sus impresiones personales²⁸. Y en verdad, ni siquiera parece haber surgido de él esta iniciativa, sino más bien del Partido Socialista argentino.

Por cierto, Jaurès comparte con los otros viajeros europeos del Centenario un conjunto de temas recurrentes: la importancia de la inmigración, la modernidad de los centros urbanos, el gran futuro de la Argentina como potencia, e incluso la importancia que otorga a algunas de sus figuras intelectuales como Alberdi o Sarmiento, que ya habían sido saludados por otros visitantes²⁹. No faltan tampoco la recorrida por los grandes diarios porteños o su visita a una estancia de la pampa bonaerense, aunque, lo haga acompañado de sus camaradas socialistas; la personalidad de Jaurès rompe con la cortesía de rigor del visitante: no duda

²⁸ Incluso descarta la posibilidad de manera explícita, aunque con razones algo ambiguas. Ante la pregunta de un cronista de *Le Courier de la Plata*, el principal periódico en lengua francesa de entonces, sobre si piensa reunir sus impresiones de viaje, responde terminante: «De ninguna manera. Se ha escrito tanto a tuertas o a derechas y tan contradictoriamente sobre este país que no es necesario agregar nada a lo que se ha dicho». Pero añade enseguida: «el punto de vista social, que es una de las características más evidentes de la Argentina, ha sido descuidado sin embargo por la mayor parte de los autores y es probable que yo hable de él a los lectores de *L'Humanité*, así como a los congresos internacionales en que yo tome parte».

²⁹ Posada incluso se aventura a una evaluación de ambos, considerando a Sarmiento como el más importante, con su idea de gobernar es educar. Sin embargo, el hecho de consagrar toda una conferencia a Alberdi genera sin duda sensación, y hasta Cao, el talentoso dibujante de *Caras y Caretas*, se hace eco de ese rasgo inusual con una caricatura en que un dirigente político local que no hemos podido identificar (tal vez Quirno Costa, ministro del interior de Figueroa Alcorta), luego de suponer que quizás quiera hablar de él, le ofrece una guitarra para interpretar también vidalitas ...

en denunciar ante el periodista de *La Nación* que «los conventillos carecen en absoluto de condiciones aceptables», y no parece haber apreciado demasiado el conjunto de las faenas camperas, a causa de la crueldad del trato dado a los animales en esos menesteres³⁰. E incluso circularán algunas anécdotas pintorescas, y posiblemente apócrifas, sobre el viaje, como aquel famoso almuerzo en casa de Justo donde exigió comer con vino tinto, que servían para denostar, como en este caso, el moralismo de los socialistas argentinos. Pero allí donde otros viajeros se extasían con la fertilidad de la tierra, el parecido de Buenos Aires con París, o señalan la modernidad de la ciudad de La Plata, solo hay en Jaurès referencias rápidas, que, en todo caso, no estructuran nunca su discurso. No sólo prefiere la visita de bibliotecas y museos: la Argentina de Jaurès es una Argentina de textos, de ideas, no de observaciones pintorescas³¹.

En verdad, ya en Brasil, Jaurès se había librado al mismo ejercicio que consistía en presentar su lectura de una figura local, en ese caso habían sido las ideas de Euclýdes da Cunha sobre la Revolución francesa y el socialismo, que será el tema de su segunda conferencia en San Pablo³². Incluso en Uruguay, aunque de manera más furtiva, hace el elogio del *Ariel* de Rodó o alguna referencia al *Tabaré* de Zorrilla de San Martín. Pero quizás la originalidad de su evocación argentina pase por asociar un interés más sistemático y más variado que en el Uruguay, asociado con una participación más activa en la propaganda socialista que en la estadía brasileña³³.

Jaurès permanecerá en la Argentina poco menos de un mes, en un viaje que resulta finalmente bastante accidentado: una laringitis le obliga a guardar reposo y suspender las conferencias, y más grave aún, la voladura del «Liberté» termina acortando la estadía. En efecto, a diferencia de otros visitantes franceses de entonces (como los más experimentados viajeros que son Huret o Clemenceau) no se aleja demasiado del puerto³⁴. Sólo hay constancia de un viaje a La Plata, el 18

³⁰ La anécdota es recordada por N. Repetto en: *Mi paso por la política (de Roca a Yrigoyen)*, Buenos Aires, Rueda, 1956, p. 117.

³¹ Incluso este carácter aparece en la forma que eligen algunos periódicos argentinos para homenajearlo a su llegada, publicando un discurso parlamentario de 1891 o un fragmento de *L'Armée nouvelle*.

³² Jaurès admira en particular el llamado a la unidad del Brasil que realiza el poeta brasileño, y su reivindicación de la energía del país.

³³ Cf. C. Batalha, op. cit., p. 30.

³⁴ Según el testimonio del diario *La Nación*, Jaurès tenía prevista una gira por el interior, o al menos llegar hasta Rosario, pero la situación política en Francia, luego de la voladura del buque de guerra «Liberté», lo obliga a acortar el viaje y a desistir de ese programa. Incluso sus conferencias terminan siendo adelantadas.

de septiembre, donde, después de visitar la Universidad y el Museo, pronunciará un discurso en el hall del viejo Teatro Argentino, y la recordada jornada en la estancia «La Verde», cercana a Chacabuco, invitado por sus propietarios, la familia Grisolfá. Sabemos ya que Jaurès viene contratado para dar conferencias, un género de distracción que conservó su encanto hasta fechas recientes, aunque se perdiera el hábito de pagar el precio de una entrada por ello³⁵. Tradicionalmente, se suele considerar que el número de conferencias fue de ocho –las seis «de abono» en el teatro Odeón en el marco de su contrato, y una en el teatro Coliseo «para los socialistas»³⁶, a la que se agrega, durante la estadía, el breve discurso que pronuncia en el Teatro Argentino de La Plata la noche del 18 de septiembre–, pero, en rigor, sus intervenciones públicas fueron más numerosas, y al menos se deben sumar los discursos que Jaurès hace ante los militantes del Partido Socialista en sendas reuniones públicas, una frente al local de la calle Méjico y la última en los salones de «Unione e Benevolenza», en el momento de su despedida.

La estructura de las conferencias, según las crónicas de los periodistas, son siempre las mismas: comienzan pasadas las 17 horas, y duran entre una y dos horas. Una de las fotos publicadas lo muestra de pie, el cuerpo levemente inclinado hacia la izquierda, el brazo derecho levantado, el puño cerrado, delante de una mesa revestida, y no cuesta adivinar en el ademán el tono vivo de la exposición. Desde su primera conferencia, sobre la fuerza del ideal, la crónica periodística subraya el «brillante discurso», interrumpido por «salvas de aplausos, tan unánimes como prolongadas», como se lee en *La Prensa*. Incluso en la conferencia sobre Alberdi, según la crónica del mismo diario «el auditorio, electrizado por la elocuencia generosa del tribuno, la amplitud de su criterio y la información segura de su estudio, lo aplaudió de pie cuando hubo terminado su magnífica conferencia». *La Argentina* juzga como la menos lograda de sus presentaciones aquella que, ya

³⁵ Los precios de las localidades son bastante altos: van de los 30 pesos de los palcos bajos al peso de la entrada del Paraíso. Para tener una idea, el lunch de despedida que organizan los socialistas cuesta 2 pesos. Pero *La Vanguardia* subraya que la clase obrera puede seguir la enseñanza de Jaurès por la publicación en las columnas del diario, antes de que se pongan a la venta los folletos con el texto íntegro.

³⁶ Los temas y las fechas según la crónica periodística son los siguientes: viernes 15/09, «La fuerza del ideal»; 22/09 «Las ideas de Alberdi y las realidades de la historia»; jueves 28/09 «Nacionalidad, democracia y clase obrera»; sábado 30/09 «La política social de Europa y la cuestión de la inmigración», lunes 02/10 «La organización militar de la Francia»; miércoles 04/10 «Las consecuencias de la guerra europea y las maneras de preservar la paz», todas en el Odeón. El jueves 05/10 habla, en la sala más amplia del Coliseo, sobre «Civilización y socialismo».

adelantada la fecha de regreso, Jaurès consagra a la organización militar de Francia —es también la más corta, ya que sólo dura una hora—. Para su conferencia popular, los hábitos cambian algo; por lo pronto, tiene lugar a las 9 de la noche, y, según reseña el cronista de *La Nación*, Jaurès realizó «una oportuna adaptación de su oratoria, más llana en su nivel general, más accesible en su expresión de ideas, a la naturaleza del auditorio, aunque —agrega con malicia— no era tan popular como pudo esperarse dada la índole y el objeto del acto»³⁷.

Quizás con mayor precisión sustancial, en las intervenciones de Jaurès en Argentina se puede hacer una distinción de dos tipos. Por un lado, tenemos las conferencias que están ligadas a sus anteriores o actuales intereses, empezando por la Revolución Francesa. Algunas de las conferencias que presenta al público argentino están originadas en antiguos trabajos de Jaurès ya publicados en francés, como el ideal (el tema de su primera conferencia), la organización del ejército, sobre la que acababa de publicar un libro en Francia y que constituye una de sus obras más importantes, y lo mismo ocurre con el problema de la guerra o de la relación entre socialismo y civilización. Por otro lado, tenemos los temas «inéditos» para Jaurès, como las evocaciones de figuras argentinas como F. Ameghino, y, sobre todo, J. B. Alberdi, sobre las que nos detendremos preferentemente en este trabajo.

Las conferencias llegarán hasta nosotros en la traducción simultánea que hiciera Antonio de Tomaso mientras las vertía en estenografía, y no se conservarán, como en el caso de Clemenceau, ni siquiera sus borradores. Esta modalidad de conservación de la palabra explica sin duda algunos errores sintácticos que se han mantenido, e incluso de fondo, como cuando se lee que en 1817 caía «en Francia el napoleonismo, caía la democracia». Jaurès, como tampoco lo hacían Ferri o Clemenceau, no leía sus conferencias, aunque esto no significa que las improvisase. Eran, en todo caso, construidas como verdaderas piezas oratorias, y Justo, como tantos testigos antes que él, no deja de subrayar «el poder extraordinario de su palabra», que, como vimos ya, le ha permitido «domar» incluso a un público burgués.

Se puede suponer que para sus «temas argentinos», ha traído sin duda un material preparado o, lo que parece más seguro, lo prepara durante su estadía. Sobre todo aquella conferencia que le dedica a «Las ideas de Alberdi y las realidades contemporáneas», ya que su alocución no es espontánea, como el discurso que le dedicara a Ameghino. Jaurès afirma que fue Emilio Frugoni, quien le había llamado la atención sobre la obra de Alberdi, aunque no sabemos si lo hizo antes

³⁷ Siempre según el cronista «antes que el pueblo, predominaban en él la clase media y el elemento francés».

de la estadía que ambos acababan de compartir en el Uruguay³⁸. Y si hubiera sido después, su rápida preparación nos dice mucho sobre la agudeza y capacidad de trabajo del antiguo *agregé* de filosofía. Desgraciadamente, como dijimos, no han llegado hasta nosotros trazos de las notas que pudo haber tomado para construirlas. Con respecto a Ameghino, cabe suponer que fue la amistosa proposición de Enrique del Valle Iberlucea, que presidía el acto platense, que lo incita a tomar la palabra brevemente, después de que Jaurès hiciera ya una referencia al científico argentino en su primera conferencia porteña.

Independientemente de la variedad de los temas que aborda, la preocupación por la situación europea del momento recorre de manera omnipresente todas las conferencias, como Jaurès lo admite rápidamente en su florido lenguaje: «mi divinidad es la paz humana». Pero durante su estadía argentina incluso, se agrava la situación franco-alemana por la crisis de Marruecos, en particular con la implosión del acorazado «La Liberté» en el puerto de Toulón, cuyo comandante era nada menos que su hermano Louis-Marie, lo que aumenta las denuncias de un eventual sabotaje en la prensa francesa de ultra-derecha, y que llevarán a Jaurès a suspender su programada conferencia en respeto del duelo por las víctimas, y, luego, a realizar una serie de intervenciones parlamentarias a su regreso a Francia³⁹. No parece tratarse de un simple recurso retórico para agradecer a su auditorio cuando Jaurès valora el rol positivo que pudiese haber a América, y a la República Argentina en particular, en la conservación del equilibrio europeo y el mantenimiento de la paz. No por mero idealismo: la necesidad de hombres y capitales, bienes ambos que tanto la guerra como la paz armada consumen, que reclama la pujanza económica de América, la necesidad de crédito de los Estados Unidos o de la Argentina, puede introducir un nuevo equilibrio, y, en todo caso, Jaurès subraya el apoyo mostrado por los diplomáticos americanos a la idea de arbitraje internacional y de desarme universal.

Llegado el caso, empero, Jaurès no duda en hacer gala de sus conocimientos de la situación interna del país, y se atreve incluso a polemizar con los intelectuales argentinos. Lo hace en una cuestión clave: la relación entre nacionalidad e historia, ya que el tribuno francés anota como la gran preocupación argentina la «de constituer un estado de nacionalidad definido, coherente y consciente, armonizando

³⁸ Jaurès está en el Uruguay en la semana del 3 de octubre. Ver A. Souto, O. J. Villa, «Jean Jaurès en Uruguay - 1911», *Jean Jaurès. Cahiers trimestriels*, cit.

³⁹ Cf. F. Moret, «Vie privée et vie publique: la presse française devant le voyage de Jean Jaurès en Amérique Latine», *Jean Jaurès, Cahiers trimestriels*, cit., pp. 108-112.

poco a poco tantos elementos múltiples y fundiéndolos en el crisol de pensamientos comunes y de comunes pasiones colectivas». Y es la historia que «debe ser la gran educadora», «la que debe formar la nación Argentina, con las fuerzas venidas de todos los países del mundo». En ese sentido, no duda en criticar a E. Quesada que acababa de hacer el elogio del «espíritu nacional» con que se enseñaba la historia en Alemania, en particular a la gloria de la dinastía. A este modelo militante, Jaurès opone el modelo científico de la verdad, ya que, como dice en una bella frase, «la patria es la sola fuerza que puede soportar la verdad por entero». Pero una verdad contrastable en la práctica política: el ejemplo de la poca eficacia de este tipo de enseñanza patriótica lo da la actitud del proletariado socialista alemán, que habiéndola cotejado con las realidades de la vida, ofrece una «historia más verdadera y vasta, aprendiendo cual es la parte del pueblo mismo en esa obra histórica». Y, en una rápida referencia, reivindica la perspectiva historiográfica de un R. Rojas, que no olvida la veta nacional, pero enseña también los errores, para repararlos⁴⁰. Sólo «la historia fría, sincera y severamente enseñada, sin exclusividades y sin mentiras», junto al conocimiento del idioma, «son factores útiles para realizar la unidad nacional, la conciencia de la nacionalidad».

Esta preocupación ilustra de alguna manera la función que Jaurès le da a sus conferencias ante un público burgués. «Soy un convencido —dice en lo que acaso sea una respuesta a un reproche implícito que le hace Justo⁴¹— de que la fuerza del socialismo está en poder llevar ante el adversario afirmaciones y doctrinas que si su egoísmo rechaza, la parte de razón humana que está en él véase obligada a reconocer íntimamente». El pensamiento socialista, agrega luego, «es la atmósfera que deben respirar todos los pechos, aun los pechos burgueses».

Pero no se trata de una operación en abstracto: Jaurès parece darle una especificidad propia a la situación argentina. «Vuestra burguesía —le recuerda a Justo— quiere una nacionalidad argentina». Pero, sin una base social, no podrá construirse. Y esa base la da el trabajo. «He aquí por qué los que sancionan contra vosotros leyes de represión, los que persiguen a los sindicatos obreros, los que persiguen a vuestras

⁴⁰ Tanto Rojas como Quesada, habían participado en las misiones del Consejo Nacional de Educación, para investigar la enseñanza de historia en Europa, publicando sendos volúmenes (*La restauración nacionalista*, en 1909, y *La enseñanza de la historia en las Universidades Alemanas*, en 1910).

⁴¹ Tiene toda la entidad de una respuesta a Justo cuando Jaurès afirma en su última intervención pública: «Yo no me hago ilusiones. Soy como Justo, un militante demasiado viejo para creer que las palabras puedan desarmar los egoísmos de clase. Si no he podido durante veinticinco años socializar la burguesía francesa, no espero, naturalmente, haber socializado en veinticinco días la burguesía argentina».

asociaciones, van no sólo contra la clase obrera de este país, sino contra el país mismo». Para Jaurès, el socialismo argentino es una fuerza moral, que no trabaja únicamente para el proletariado sino para la democracia argentina. Y, refrendando de algún modo lo que J. Aricó llamara «la hipótesis de Justo», Jaurès estima que la acción del PS obligará incluso a la burguesía argentina a depurarse y organizarse.

Esa estrategia discursiva se despliega de manera privilegiada en el análisis que Jaurès hará de dos hombres que podían ser celebrados por la «burguesía» argentina, Alberdi y Ameghino, como parte de ese patrimonio nacional. En verdad, ambas personalidades comparten en el fondo, sino la calidad de científicos, al menos la de *savants*, lo que los ubica en un espacio diferente de la estructuración social, más accesible para otras apropiaciones.

Este aspecto surge muy claramente en la corta pieza que le dedica a Ameghino, en presencia de Joaquín V. González, Rodolfo Moreno y José Ingenieros, donde el paleontólogo aparece presentado (y admirado) con todos los rasgos del genio, del titán del conocimiento. Si, como afirma bellamente Jaurès, Ameghino «arrancó a la Pampa sus secretos», fue «en su afán de establecer las bases, la unicidad del mundo eterno, que le permita descubrir, para la gloria del espíritu humano, la fuerza que animó a la creación». Jaurès no duda en situar a Ameghino en la historia de la idea de la evolución orgánica de los seres y su transformación, en la cual el nombre del paleontólogo bonaerense se encuentra junto a los de Lamarck, Geoffroy-Saint-Hilaire y Darwin. Pero no sólo se hace referencia «a la multiplicidad de su saber, por las muchas ciencias que domina». La ciencia esculpe un carácter moral, hecho de rectitud, de honestidad y de perseverancia, que hace que la búsqueda de la verdad pueda superar las circunstancias adversas. Y esta búsqueda de la verdad tiene también una preocupación nacional, que intenta establecer la originalidad de las especies animales argentinas y americanas, su lugar específico en la historia de la evolución de las especies. Y en el breve homenaje a Ameghino (r)encontramos la perspectiva jaurésiana: la ciencia, su verdad, aportan la pieza central en construcción de la nacionalidad, alejándola, una vez más de los mitos.

La modestia de su estilo de vida, el alejamiento de todo reconocimiento oficial, podía facilitar la reivindicación de Ameghino por parte de Jaurès. Pero será en referencia a Alberdi que los rasgos de su operación se profundizan, y se despliegan con mayor nitidez, y no sólo por tratarse de una larga conferencia⁴².

⁴² Para otra lectura de la conferencia sobre Alberdi, ver Diana Quattrocchi-Woison, «Jaurès, Alberdi et l'historiographie argentine», *Jean Jaurès. Cahiers trimestriels*, cit.

EL ALBERDI DE JAURÈS

Jaurès no pretende, en el fondo, originalidad alguna en su conferencia sobre Alberdi, ese «buen obrero de la obra humana». La elegancia de la forma, su bello estilo, prima sobre el contenido⁴³. El mismo Jaurès recuerda que su tema se inspira en los trabajos que han aparecido en *Humanidad Nueva*⁴⁴. Y en ese sentido, Jaurès comienza su conferencia por una autocrítica, señalando que los intelectuales europeos «no han fijado suficientemente su atención sobre la potencia de vistas intelectuales y morales», en una palabra, a la historia de los pueblos de América.

Por cierto, Jaurès no busca hacer de Alberdi un socialista. Aunque le resulte curioso su incompreensión de la cuestión social después de haber sido un saint-simoniano, que no dudaba en redactar el *Dogma socialista*. Para Jaurès, la dificultad surge de haber aceptado –al menos en su madurez–, sólo una parte del ideario saint-simoniano –aquel que insiste en el desarrollo de la producción–, pensando que el segundo elemento que lo forma –organizar la distribución equitativa de la riqueza– sería mera consecuencia de la primera.

Pero Jaurès señala enseguida cuál es su interés por él, que lo situaría en un protomarxismo. En efecto, para el tribuno francés, Alberdi «interpretó los acontecimientos políticos a la luz de los fenómenos económicos [...] busca siempre a través de la superficie agitada de los acontecimientos políticos y de las crisis de gobierno las raíces económicas profundas». En ese sentido, no duda en compararlo con autores de la tradición liberal francesa del siglo XIX como Edouard Laboulaye y Alexis de Tocqueville, e incluso, yendo más lejos, con Montesquieu.

Este materialismo alberdiano, su elogiado «realismo», se expresa en toda su pertinencia de cara a las instituciones, y en particular, de la democracia argentina. Para Jaurès Alberdi había comprendido que «haber instituido la democracia no es nada si todos los ciudadanos no son capaces de ejercer sus derechos».

Pero, después de los elogios, Jaurès busca determinar los límites de su pensa-

⁴³ Una buena descripción se encuentra en la crónica de *La Argentina*, que «no es que precisamente haya hecho una obra de análisis ni mucho menos haya «descubierto» a Alberdi. Su mérito ha estado en tomar las principales ideas de aquél, y bordar sobre ellas un comentario personal, de proporciones oratorias [...] Jaurès ha partido desde el principio –bien exacto, por cierto– de que todo su auditorio conocía la personalidad de Alberdi. Su labor, en consecuencia, se ha mantenido dentro de los límites de explicarlo a través de su temperamento, relacionándolo con motivos del pasado, del presente y del futuro».

⁴⁴ Se trata seguramente de los dos trabajos que fueron publicados un año antes, para el centenario del natalicio de Alberdi: «Homenaje a Juan Bautista Alberdi en su Centenario», de Carlos Rodríguez Etchart, y «Alberdi. Interpretación de la Historia Argentina», de Luis R. Gondra, ambos en *Humanidad Nueva*, t. III, Nº 8, agosto 1910, pp. 334-350 y 367-377 respectivamente.

miento. Las críticas que dirige a Alberdi pueden ser consideradas de dos tipos. El primero se sitúa de algún modo de cara a la historia argentina. Los efectos de la larga expatriación han influido en sus juicios excesivos hacia sus contemporáneos, como el general Mitre o Domingo Faustino Sarmiento. Luego, ya en un plano «universal», Jaurès le reprocha ignorar la importancia «del heroísmo, del misticismo, de la gloria», en otras palabras, la importancia de lo irracional en la construcción del ideal. Más aun, la fuerza del ideal, un viejo tema jauresiano, no es incompatible con un sentido práctico, es, como dice citando al fisiólogo francés Claude Bernard, «la idea directriz del organismo». Y en la historia de los hombres, esa idea que conduce su evolución, es la justicia⁴⁵.

Este último reproche le permite volver sobre la evaluación —a su juicio errada como veremos enseguida— que Alberdi había hecho de los pueblos anglosajones, y la correspondiente crítica de los pueblos latinos, en particular Francia, de cara al «espíritu práctico» con que contarían los primeros y que estaría ausente en la idiosincrasia latina. Pero la superioridad inglesa se expresaría también, lo que es más grave para Jaurès, en lo que hace a los ideales de libertad y democracia.

Jaurès es aquí terminante: Alberdi siempre se equivocó en sus juicios sobre Francia. De la Revolución de 1789 viene, en todo caso, la idea de derechos del hombre, que es la base que permitirá a los pueblos del Río de la Plata —de la mano de Mariano Moreno, el traductor de Rousseau—, obtener su independencia de España. Y a través de ese ideal «se concilia en los orígenes de la historia argentina la doctrina del derecho, la teoría absoluta del contrato y el sentido político práctico».

Empero, si la pasión del pueblo francés se encuentra en (la religión) de los derechos humanos, la de los ingleses nace de la Biblia, «el libro más vehemente, el más exaltante, el que hace estremecer el corazón de los hombres». Y también, lo que le resulta mucho más trascendente para el análisis de Jaurès, el libro «de las reivindicaciones sociales, de los pobres amenazando a los ricos y anunciando el día en que la igualdad de los hombres será fraternal, cuando hayan desaparecido las guerras entre los pueblos y, cuando, por el contagio sublime de la paz humana, la naturaleza misma se dulcifique en sus ferocidades».

Justamente, ignorar la importancia de la pasión en la construcción de la cosmovisión de los pueblos anglosajones le hace también olvidar a Alberdi la importancia del socialismo en la civilización. Porque la prueba más importante de la

⁴⁵ Después de haber pasado por diversos estadios de desarrollo, el cristianismo, la democracia, es el socialismo que representa ahora la última evolución de ese ideal, en «el ejercicio sustancial de la vida».

audacia y la pasión inglesas en el siglo XIX no es otra para él que «la lucha de los obreros para conquistar, aun por la fuerza, el derecho de coalición y de huelga y la gran agitación de los obreros cartistas en pro del sufragio universal». El genio anglosajón no está hecho de individualismo, contrariamente a lo que pensaba el tucumano, aunque más no sea porque, según Jaurès, ya «ha desaparecido en el orden económico y social», una tesis que el universitario Duguit le recordaba pocos días antes a sus auditores de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, con la autoridad del jurista que habla de las transformaciones del derecho privado. Por eso, para el diputado socialista, Inglaterra está a la vanguardia de los Estados que cuentan con una legislación social, tan amplia que «interviene en las relaciones del trabajo y del capital; legisla para proteger a los obreros, legisla para asegurarlos contra la vejez, la enfermedad, la invalidez, el accidente y la desocupación; legisla para apropiarse en provecho de la nación de una parte de las riquezas individuales».

Y son estas dificultades las que llevan a Alberdi a una «contradicción singular» en lo que hace a la Argentina. Pese a sostener que la Constitución tenía que tender a asegurar la propiedad de la tierra a los que la trabajan, pese a privilegiar el asentamiento de una inmigración de trabajo, Alberdi sostiene, como lo recuerda Jaurès, que «la cuestión social no podía existir» en la Argentina, porque la vida simple de las campañas excluían una «miseria violenta». Ahora bien, las élites trabajadoras de Europa que se disponían a emigrar tenían ya ciertos anhelos de condiciones de vida elevada, lo que llevaría inevitablemente a la cuestión del salario que Alberdi no quería ver. Sin duda hay algo de anacronismo en el reproche de Jaurès, ya que está describiendo un proceso de legislación social que, como bien dice en otra de sus conferencias, sólo ha comenzado hacia 1890 y no en el momento en que Alberdi escribe las *Bases* y sus trabajos constitucionales posteriores, en particular el *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina*, publicado en 1854⁴⁶. De todos modos, independientemente de su justeza histórica, queda el argumento político actual, sobre el que Jaurès insiste: «la Argentina no podrá llamar a los hombres para que arriben a sus playas si no les da, haciendo un inmenso esfuerzo

⁴⁶ Es allí donde Alberdi afirmaba que «En Sud América hay riesgo de que el salario suba hasta el despotismo, al revés de lo que sucede en Europa, donde el salario es insuficiente para alimentar al trabajador [...] allí es siervo del capitalista; aquí su rey y soberano. Los papeles se encuentran cambiados completamente. El capital, entre nosotros, es mendigo de brazo y trabajo, el trabajador se hace buscar descansando a pierna suelta». Cf. J. B. Alberdi, *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1921, p. 92.

nacional y social, garantías iguales o superiores a aquellas» de las que ya gozan en las naciones europeas.

En una ciudad que vio hace un año atrás el asalto y destrucción de los locales obreros y donde el aparato legal represivo del Estado se amplificaba, Jaurès aplica a la cuestión social argentina la complejidad de su visión de la nación. En una de sus conferencias ya advertía, en diapason con la visión justista, que «es una gran debilidad para la clase obrera de un país de inmigración estar separada por naciones y razas». Con sentido práctico, Jaurès parece dirigirse ante todo a los obreros italianos, ya que les recuerda las figuras de Mazzini y Garibaldi, para convencerlos de interesarse por los problemas político-sociales de su país de adopción. Pero no se trata sólo de debilidad en un único sentido: también la nacionalidad se fragiliza si esos individuos siguen con la cabeza en su antigua patria y hoy «es imposible, en cualquier país que sea, constituir nacionalidades vigorosas sin una clase obrera fuertemente organizada». Por eso Jaurès concluye que «la intervención de toda esa clase obrera en las cosas del país sería pues un doble progreso: progreso obrero y progreso nacional».

Contra Ferri, de manera implícita –o no tanto, ya que no duda en asegurar que «los que opinan que el socialismo no tiene razón de ser en América se equivocan profundamente»⁴⁷–, Jaurès termina ampliando las tesis que Justo había ya desplegado en su respuesta al socialista italiano: ni aquí, ni en Inglaterra ni en los Estados Unidos, «el socialismo no es un producto artificial. Ha brotado en ese mundo, como en el mundo latino, de necesidades económicas». Pero siempre con respecto al socialismo, Jaurès le hace un último reproche al lúcido enemigo de la guerra que es Alberdi: haber ignorado que el socialismo era una fuerza de paz, a la par que el liberalismo económico, que busca intensificar y desarrollar la producción de riqueza. Sólo que, a diferencia de éste, el socialismo cuenta con el movimiento obrero organizado, que es la fuerza social más dispuesta a mantener esa paz –algo que será desmentido menos de tres años después.

⁴⁷ Ya durante su estadía en Montevideo, y preguntado por el cronista de *Caras y Caretas* si está al tanto de las opiniones de Ferri, Jaurès responde: «Si y no las comparto. Donde impera el sistema capitalista, donde la apropiación individual de los medios de producción constituya la base del orden económico, el socialismo tiene razón de ser. Podrán variar, de acuerdo con las diferencias del medio, las condiciones del movimiento socialista y los métodos de lucha, pero eso no significa que el socialismo, porque se desarrolle aquí con manifestaciones no exactamente iguales que en Europa, deje de ser socialismo. Y lo que nunca podrá afirmarse –añadió– es que existiendo aquí el régimen económico que el socialismo se promete derrocar, éste sea una planta exótica». «Mr. Jaurès en Montevideo», en: *Caras y Caretas*, N° 675, 09/09/1911.

Por cierto, tal vez más que el conocimiento que ha podido tener Jaurès de Alberdi en esas pocas semanas, la alteridad de su mirada tiene también sus límites. En el fondo, la conferencia sobre Alberdi le sirve a Jaurès para desplegar su visión de Francia, y, sobre todo, su concepción del socialismo. Y la fuerza, la originalidad de esta última no está formada únicamente por la continuidad histórica que trazaba con la Revolución Francesa, ni siquiera por el lugar central que otorgaba a los derechos humanos, o por la importancia que Jaurès asigna al ideal⁴⁸. Aparece de manera más descarnada aun cuando el tribuno socialista sostiene que «el socialismo internacional es una gran fuerza de orden». Casi una respuesta, por conferencia interpuesta, a la tesis que había defendido Clemenceau un año antes.

Si, como decíamos más arriba, la Argentina de Jaurès no era sólo la Argentina de la gran riqueza agrícola, de la amplia acogida de inmigrantes europeos, sino que era sobre todo, una Argentina textual, de *savants* y de ciencia, su socialismo no era de rupturas, de cambios violentos, sino de evoluciones. En ese sentido, su visita podía atravesar espacios burgueses y lugares socialistas, ligando unos con otros a través de ese ideal que ocupaba un lugar central en su visión del socialismo. Allí incluso donde los medios «burgueses» quieren distinguir el Jaurès representante de la cultura universal de Francia y el Jaurès popular, el líder socialista se ocupa de suturar, a través de su oratoria, el sentido de su intervención, como socialista, un socialismo que se reivindica del ideal y de la civilización, como superación de la cultura burguesa.

Sin duda, esta circulación por espacios disímiles no era patrimonio exclusivo del discurso de Jaurès: todos los visitantes franceses del Centenario, de France a Clemenceau, pasando por Duguit —e incluso el español Posada y el italiano Ferri—, aportaban una visión progresista, que contrasta con la violencia que había conocido la sociedad argentina en la última década. Es un ideal de solidaridad social, de conciliación de intereses, de democracia que escuchan algunos de los hombres que habían ordenado la represión de los obreros, o negado la existencia de una cuestión social. Y tal vez la atención con que estas personalidades son escuchadas ya están anunciando los cambios que no tardarán en producirse, al menos en el plano institucional. En todo caso, una crónica periodística sintetiza bien la lectura que se hace de las conferencias de Jaurès: «habló como un gran orador, que piensa

⁴⁸ Sobre este punto, reenvío a C. M. Herrera, «Jean Jaurès et l'idée de droit social», *Jean Jaurès. Cahiers trimestriels*, 2000, N° 156 (en español en C. M. Herrera, *Derecho y socialismo en la historia del pensamiento jurídico*, Bogotá, 2002).

y razona como un gran hombre de Estado. La impresión unánime de su auditorio era de entusiasmo y convencimiento y es de creer que algunas de las ideas arrojadas por el ilustre huésped serán recogidas y fructificarán aquí en formas tan nobles como la expresión que las ha servido».

Pero el discurso de Jaurès conserva la radicalidad propia de su condición de militante socialista. La misma que le permitía creer, como aseguraba en otra de sus conferencias, que los obreros alemanes, a la par que los obreros europeos, declararían la huelga general si sus Estados declaraban la guerra. Y como decía Pascal en sus *Pensées*, sólo puede creerse en aquellas historias cuyos testigos están dispuestos a dejarse degollar...

Registro bibliográfico

HERRERA, CARLOS MIGUEL

«Jaurès en Argentina - La Argentina de Jaurès», en: ESTUDIOS SOCIALES, Revista Universitaria Semestral, año XIX, N° 37, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, segundo semestre, 2009, pp. 9-35.

Descriptorios · Describers

relato de viaje / alteridad / Jaurès / socialismo argentino / Centenario

Travel's Report / Otherness / Jaurès / Argentinean Socialism / Centenary